

Abriendo a los niños al amor de Dios

¡Hola!

Cuando compartimos nuestra fe y tradiciones con hijos y nietos, los impulsamos a desarrollar su relación con Dios. Podemos ayudar a los más jóvenes, si consideramos lo que hace funcionar nuestras relaciones humanas.

Las relaciones más valiosas están fundadas en el amor. Nuestra relación con Dios mana del amor que Dios derrama sobre nosotros. Dios nos ama tanto que nos hizo a su imagen. Sabemos también cuánto nos ama porque nos envió a Jesús como un indefenso bebé.

En las relaciones saludables, respetamos y vivimos los valores compartidos, y nos esforzamos por la paz. A nuestros niños les enseñamos a diferenciar entre lo bueno y lo malo. Cuando vamos a misa, notamos que somos parte de algo más grande que nosotros mismos, y nuestros hijos comienzan a darse cuenta de que Dios es *nuestro* Dios, no sólo mío. Podemos preguntarnos, ¿porque es tan importante que hagamos junto este camino de humanidad?

¿Animamos a que los niños oren sobre sus preocupaciones?

Las relaciones saludables son abiertas, de comunicación regular. Cuando enseñamos a nuestros hijos a orar desde su corazón, los capacitamos para conversar continuamente con Dios y puedan modelar su vida en diálogo con él. ¿Oramos juntos? ¿Animamos a nuestros hijos a orar con sus preocupaciones, pequeñas y grandes? ¿Reconocemos cuando Dios se mueve en silencio? Todo esto configura nuestra relación con él.

Las relaciones saludables implican confianza. Confiamos en Dios, que trabaja en nuestra vida y en la creación. A final, no todo depende de nosotros. Se dice que san Ignacio repetía: “Trabaja como si todo dependiera de ti, y ora sabiendo que todo depende de Dios”. Damos lo mejor de nosotros, momento a momento, pero confiando siempre en el poder y la bondad de Dios. Esto puede ser una fuente de confianza para nuestra vida con sus altibajos. ¿Les transmitimos esto a nuestros hijos? ¿Cómo manejamos nuestros miedos y ansiedades?



Animar a los niños a que expresen sus inquietudes ante Dios les ayudará a relacionarse día a día con el Todopoderoso.

Por último, pero igualmente importante, las buenas relaciones son fuente de alegría y vida. Cuando conectamos con Dios, nos enteramos que nada hay sin su huella. Toda vida es un don, un motivo de admiración que Dios nos da. Ayudamos a nuestros hijos a desarrollar su intimidad con Dios, al darle gracias por sus dones. Así, extendemos nuestra alegría profunda de sabernos amados por Dios a quienes amamos más.